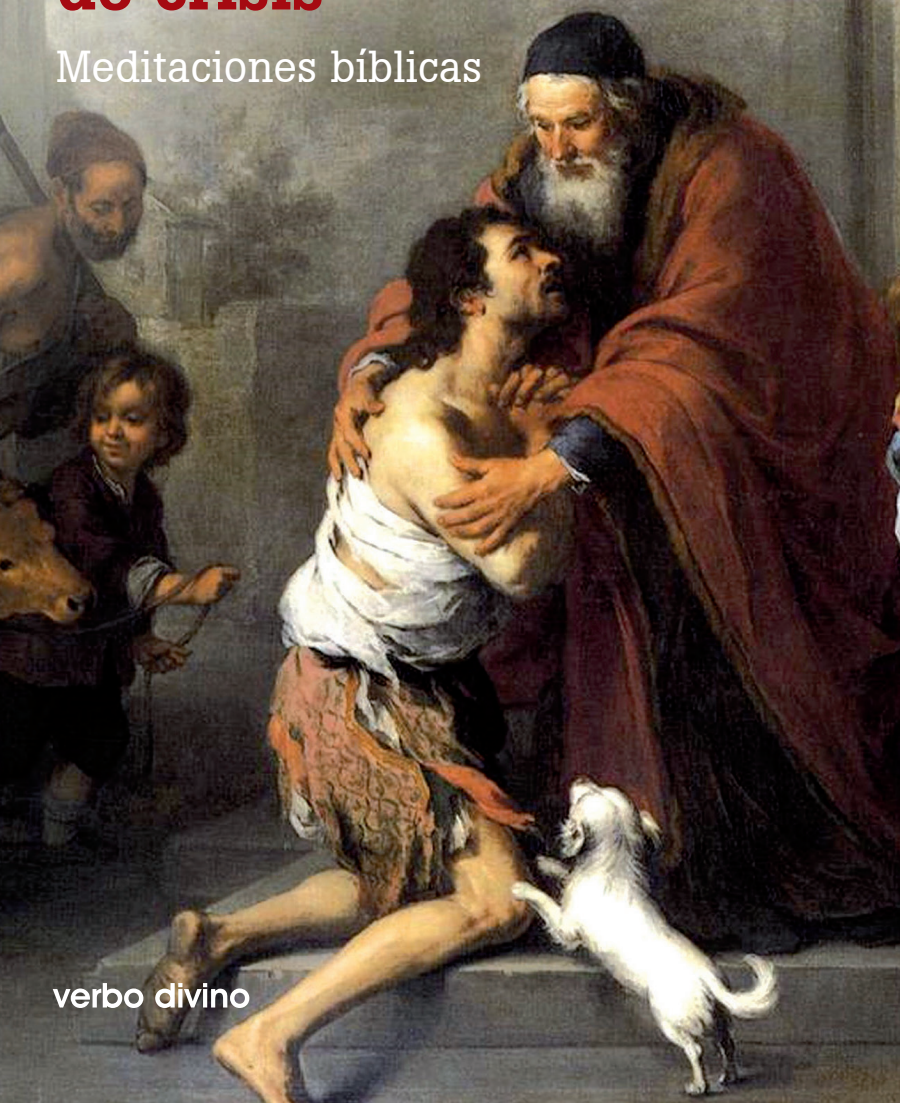


Cristóbal Sevilla

# La misericordia de Dios en tiempos de crisis

Meditaciones bíblicas



verbo divino

# Contenido

|  |    |
|--|----|
| <b>Introducción</b> . . . . .  | 9  |
| <b>I. La misericordia en el desierto del éxodo.</b> . . . .                              | 15 |
| 1. El nombre de Dios . . . . .   | 17 |
| 2. Compasivo y misericordioso . . . . .  | 20 |
| 3. La pedagogía amorosa de Dios . . . . .  | 27 |
| <b>II. La misericordia de Dios<br/>en tiempos de crisis.</b> . . . . .                   | 35 |
| 1. La compasión de Dios en Oseas . . . . .   | 37 |
| 2. El Dios misericordioso pide misericordia. . . . .                                     | 43 |
| 3. La misericordia divina en la historia:<br>Jonás en los “Doce profetas” . . . . .      | 48 |
| 4. Su misericordia siempre está,<br>aunque la sintamos lejana . . . . .                  | 57 |
| 5. Una ley escrita en el corazón para sentir<br>y vivir la misericordia divina . . . . . | 62 |
| 6. La misericordia divina como consolación . . . . .                                     | 65 |
| <b>III. La oración como encuentro<br/>con la misericordia divina.</b> . . . . .          | 71 |
| 1. La alabanza del corazón<br>como respuesta a la misericordia divina . . . . .          | 72 |
| 2. Job y la oración de intercesión. . . . .  | 84 |

|  |            |
|--|------------|
| <b>IV. La misericordia de Dios en Jesús. . . . .</b>   | <b>93</b>  |
| 1. La misericordia de Dios hecha humanidad<br>y corazón . . . . .                              | 94         |
| 2. La predicación de Jesús . . . . .   | 97         |
| <i>a) La pedagogía de Jesús en las parábolas<br/>    de la misericordia . . . . .</i>          | <i>101</i> |
| <i>b) La parábola del samaritano . . . . .</i>   | <i>105</i> |
| 3. La misericordia que sale al encuentro<br>en los desiertos: «Dadles vosotros de comer» . . . | 107        |
| <b>V. La misericordia en el tiempo de la Iglesia . .</b>                                       | <b>115</b> |
| 1. Hablar y obrar con misericordia . . . . .   | 116        |
| 2. Una Iglesia con «alas de misericordia»<br>para ir al desierto . . . . .                     | 126        |
| <b>Conclusión . . . . .</b>  | <b>135</b> |
| <b>Bibliografía de obras y artículos exegéticos. .</b>   | <b>141</b> |

## Introducción

Hace un tiempo me encontré en la capilla de un tanatorio, en el leccionario correspondiente, que alguien había tachado con un bolígrafo la respuesta del salmo 103: «*El Señor es compasivo y misericordioso*», y había puesto a continuación: «No». En ese momento me imaginé que alguien había pasado por aquella capilla y se encontraba en diálogo con Dios por la pérdida de un familiar o un amigo, alguien escandalizado y dolorido por la muerte cercana. En su «no» hay una primera y espontánea respuesta a Dios desde su sufrimiento y desde su sentimiento herido. El sufrimiento nos provoca escándalo y, cuando nos encontramos con el Dios que aparece en la Biblia como «compasivo y misericordioso», nos parece que no es más que una ilusión para dar consuelo.

Muchas veces tenemos que leer entre líneas lo que otros tachan, pues también esto es una forma de escribir desde la vida. Y creo que a esta lectura de la vida nos invita el papa Francisco al convocar este año jubilar sobre la misericordia. Cuando me enteré de esta convocatoria, me sentí interpelado y agradecido por este año, que supone en primer lugar escuchar a tantas personas decepcionadas y heridas, saliendo al encuentro de los

que se hallan en la orilla de los caminos de este mundo en crisis. Yo había escrito recientemente dos artículos sobre el tema de la misericordia en la Biblia y, al leer la bula de Francisco *El rostro de la misericordia* (MV), me volví a sentir interpelado. Francisco afirma que «la misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros» (MV, 9).

El lenguaje de la Biblia sobre la misericordia es amplio y está lleno de matices. No basta con presentar las veces que aparecen las palabras «amor» y «misericordia», sino que hay que explicar la imagen de Dios que dibuja este lenguaje y su relación con el sentir humano. Por eso este libro lleva como subtítulo «Meditaciones bíblicas», pues la meditación nos ayuda a preguntar al texto desde nuestra vida y a traer un texto tan antiguo a nuestro contexto actual. No se trata de un pretexto para hacer decir al texto lo que quiero, pues la meditación bíblica solo será tal si deajo en primer lugar hablar al texto en su contexto. De esta manera, la meditación bíblica nos ayuda a comprender el texto que primero hemos entendido en una lectura atenta. Se trata de un movimiento del yo o de la conciencia hacia Dios, que se convierte en un encuentro, en un diálogo yo-tú, en una comunión amorosa con el Dios amor que se revela y se comunica en la Biblia.

El recorrido que propongo en este libro nos lo indica el mismo Jesús en el camino de Emaús y en el cenáculo de Jerusalén, cuando «comenzando por

Moisés y siguiendo por los profetas y salmos, les explicó... les abrió el entendimiento» (Lc 24,27.44). Es lo que propone el papa Francisco al inicio de *El rostro de la misericordia*:

*«Después de haber revelado su nombre a Moisés como “Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y pródigo en amor y fidelidad” (Éx 34,6), no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina» (MV, 1).*

La lectura que propongo es un recorrido basado en la unidad de toda la Biblia, o lectura canónica, que nos lleva a buscar la unidad de este libro inspirado. Desde la fe decimos que todos estos textos fueron inspirados por Dios, como autor que es de toda la Biblia, y escritos por varios autores humanos a lo largo de un tiempo concreto. Creo que la misericordia es el hilo que encuaderna todos los libros de la Biblia en un solo libro. Leerla e interpretarla en su unidad canónica es muy importante para poder traer esta palabra de misericordia a las situaciones de nuestro mundo.

Algunos de los pasajes bíblicos que comento se refieren al desierto, pues o bien se sitúan en el desierto geográfico o bien el texto alude a un desierto en sentido simbólico o metafórico. A este desierto simbólico me refiero cuando en el título del libro aparece «tiempo de crisis». El desierto bíblico, en cuanto espacio difícil que hay que atravesar y en el que faltan tantas cosas que

se han quedado atrás, es lugar de paso y no meta definitiva, y es lugar de renunciaciones y purificación en donde es posible encontrarse con lo esencial para caminar y subsistir: el amor y la misericordia que concretiza este amor en las dificultades del desierto. Este lugar simboliza tanto un tiempo de crisis como también un lugar marginal, alejado de los ámbitos de poder y de decisión del mundo. En la Biblia, el desierto es un símbolo ambivalente.

Muchas veces me pregunto cómo podemos ser canales de la misericordia de Dios para tanta gente herida en los desiertos de este mundo y que en su sufrimiento se escuchan a sí mismos pero no pueden, no saben o no logran escuchar a Dios. Se trata de dejar hablar en nuestras vidas al Dios que habla en la Biblia o dejarle que escriba derecho con renglones torcidos. La palabra de la Biblia nos ayuda a reconocer esos renglones torcidos, como la vida misma, con los que escribe Dios. El papa Francisco nos indica el camino cuando afirma:

*«Queremos vivir este Año Jubilar a la luz de la palabra del Señor: Misericordiosos como el Padre [...] (Lc 6,36) [...]. Para ser capaces de misericordia, entonces, debemos en primer lugar colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios» (MV, 13).*

Este libro es para mí como el arbusto que cubrió con su sombra a Jonás y que, aunque duró poco tiempo, le dio descanso a este profeta enfadado con todos y le enseñó que la misericordia de

Dios es lo más grande. El libro es pequeño, como el arbusto; no es completo y no recoge todo sobre la misericordia en la Biblia, ni lo explica todo. Es tan solo un pequeño momento de encuentro con la espiritualidad bíblica para este año jubilar de la misericordia.



# I. La misericordia en el desierto del éxodo

*«El ejercicio del desierto es admirable».*

San Juan de la Cruz  
(Carta 28, 19 de agosto de 1591)

La misericordia en la Biblia comienza con una experiencia que ocurre en la historia del pueblo de Israel y que este pueblo narra de manera que sirva como modelo para cualquier momento de desierto o de crisis. Para Israel, el desierto fue una experiencia de encuentro, y la narra para entenderse a sí mismo como pueblo, comprendiendo la misericordia divina que siempre está presente y le acompaña, aunque no sea reconocida.

Los libros de Éxodo y Números nos cuentan el paso por el desierto después de la salida de Egipto. Podemos leer las tensiones a las que tuvo que enfrentarse el pueblo de la Biblia durante su larga estancia en el desierto y la respuesta providente de Dios: sed y enfermedad, alimento, liderazgo y murmuración. En estos episodios, el pueblo va conociendo al Dios que le guía de

manera providente, que le muestra su Ley y le enseña a darle culto.

El desierto es muy importante en la tradición bíblica, pues en el desierto el pueblo tuvo que aprender que su corazón y su mente eran del Dios que les sacó de Egipto y que no se debían dejar someter por ninguna tiranía. En este lugar, alejado de todo interés territorial y de toda ansia política y económica, el pueblo guiado por Moisés descubrió que su identidad y su destino era ser el pueblo de Dios, no construir imperios ni ejércitos para sostenerlos.

El desierto fue un lugar de prueba, en donde este pueblo aprendió, no sin gran esfuerzo y sacrificio, a ser libre para cumplir su destino de pueblo de Dios, liberado de sus propios miedos y complejos (¡eran apenas unas pocas tribus nómadas!) y de la opresión de los demás reinos y de sus tiranías.

A lo largo de la historia de Israel como pueblo, los profetas, ante la continua tentación de caer en la esclavitud a causa de los diversos tipos de idolatría (otros dioses, bienes materiales, pactos políticos), tuvieron que recordar continuamente cuál era su verdadera identidad. Por eso en la predicación profética el desierto aparecía mencionado con frecuencia. Y también lo encontramos en el libro de los Salmos<sup>1</sup>, pues en el libro de

---

<sup>1</sup> Sal 68,8-11; 78; 81,8; 95; 105,39-43; 106; 114,7-8; 136,16.

oraciones de este pueblo se refleja la experiencia del paso por el desierto como una lección que sirve para el presente del que ora.

## 1. El nombre de Dios

Es en el contexto del éxodo y del desierto donde tenemos que buscar el origen del encuentro con el Dios misericordioso. Al inicio, en el episodio de la zarza ardiente, Moisés se va a encontrar con Dios a través del fuego que no se consume, y Dios le habla del sufrimiento de su pueblo, que Moisés ya conoce:

*«He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo...» (Éx 3,7s).*

¿Es que Dios solo ha oído el clamor de los israelitas y no el de otros esclavos? Si ha oído el grito de estos esclavos es debido a que los israelitas han clamado porque no aceptaban el orden cósmico y social que el faraón imponía atribuyéndose el ser dios, orden en el que a algunos les tocaba ser esclavos y conformarse con su suerte. Dios ha escuchado a un pueblo que no se ha conformado con su suerte impuesta por el faraón, y por eso conoce y decide actuar. Escuchar el sufrimiento del otro es el principio de la misericordia.

Es importante que observemos en este texto que, cuando Dios se aparece a Moisés en la zarza, este «se tapa la cara, porque temía ver a Dios»

(Éx 3,6; leer también 33,18-23). Más adelante, cuando lleguemos al Nuevo Testamento, en el episodio de la Transfiguración nos volvemos a encontrar con Moisés, que junto a Elías conversa con Jesús sin taparse la cara; entonces explicaremos el significado de este gesto.

Este Dios que conoce la opresión de su pueblo va a revelar a Moisés un nombre cuyo significado parece un poco enigmático:

*«Dios dijo a Moisés: “Yo soy el que soy”; esto dirás a los hijos de Israel: “El Señor, Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vosotros. Este es mi nombre para siempre: así me llamaréis de generación en generación”» (Éx 3,15).*

Dios es «el que es», es decir, el que actúa: «el que ve, el que oye, el que conoce los sufrimientos...». No es un dios vinculado a lugares o a fenómenos de la naturaleza, como los dioses cananeos, sino que se expresa en los acontecimientos de la vida de las personas, como hizo con Abrahán, Isaac y Jacob. Dios le transmite a Moisés que su nombre se dice en su actuar, como ocurrió con los patriarcas, aunque todavía no se había revelado el nombre, y como se dirá a partir de ahora.

El hecho de que Dios se muestre ante Moisés desde su preocupación por la opresión de su pueblo es muy importante. Moisés, en su huida al desierto para escapar de la persecución del faraón, busca al Dios verdadero que responda a las ansias

de liberación de un pueblo oprimido, no un dios a la medida de intereses particulares. En la época en la que los hombres se convertían en dioses para dominar y ser servidos, Moisés busca al Dios que se hará hombre para que los hombres aprendamos a servirnos unos a otros como hermanos. Cuando llegamos a Jesús, esto se hace muy claro, pues él, constatando con sabiduría la realidad de la historia y del momento presente, quiere que en su fraternidad de hermanos esto no sea así:

*«Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros...» (Mt 20,25-26).*

Moisés guiará a un pueblo que saldrá de la servidumbre de los hombres dioses para aprender a servir al Dios vivo. Y este Dios que se muestra en los acontecimientos de la vida lo irá haciendo a lo largo de las diversas etapas del desierto. Israel conoció en el desierto lo mejor y lo peor de sí mismo como pueblo, y fue precisamente cuando se encontró con lo peor, con el fracaso, con la rebelión y con la idolatría de hacerse un dios a su medida y según su necesidad, cuando el Dios que le había sacado de Egipto se le comunicó como un Dios clemente y misericordioso. Este pueblo tendrá que experimentar en medio de su decepción y de su rebelión que Dios es compasivo y actúa con misericordia.

Tenemos que leer estos episodios del desierto desde las experiencias humanas que plasman la vida como camino. Nuestra vida es como un

desierto sin camino trazado, con tensiones diarias por la subsistencia, por el modo de organizarnos, por el sentido de lo que hacemos, y muchas veces nos preguntamos: ¿hacia dónde vamos?, ¿en quién podemos confiar?, ¿hacia dónde nos lleva el camino que vamos haciendo? También nosotros nos encontramos con la tentación y el fracaso, con tensiones y conflictos, con situaciones que parecen buenas pero al final no lo son, con el fracaso y la decepción.

## **2. Compasivo y misericordioso**

El episodio del becerro de oro narra la gran crisis de Israel en el desierto. Este desierto es duro como la vida misma, el camino se hacía largo, y Moisés no acababa de bajar de la montaña para indicar al pueblo el camino que debía seguir. Piden a Aarón que les haga un dios que vaya delante (Éx 32,1) y termina fundiendo y cincelandó un becerro de oro como pedestal en donde se posa la divinidad. Querían tener un dios como los demás, igual que algunos dioses del antiguo Oriente en forma de fenómeno atmosférico, como la tormenta, que se representaba sobre un becerro.

Este incidente supone una ruptura de la Alianza pactada entre Dios y su pueblo (Éx 19,3–20,21), pues este Israel impaciente quiere conseguir, por medios humanos, lo que solo depende de Dios. Ha construido con sus propias fuerzas algo que no puede ser un santuario, mientras que Dios quiere

vivir en medio de su pueblo y guiarle siendo él mismo un santuario. De esta manera, Israel acabaría empobreciéndose y dejándose llevar por la tentación diaria de un dios a su medida, un dios que no le pida nada y le deje acomodarse a su propio sentir. Este dios es inamovible y su misterio puede ser comprendido para que ofrezca una respuesta en cada momento de tensión, aunque esta no sea otra que la de integrarse en el ciclo de la naturaleza para sufrir o gozar con ella. En este caso, no cabe hablar de compasión o de misericordia, pues este dios es impasible y no siente con el ser humano, ya que su tiempo y su espacio están alejados de lo humano. Vive en el eterno retorno de la naturaleza y se esconde en el secreto del origen de los tiempos. A este dios impasible se le puede hacer un santuario a la medida de la necesidad humana, pues no se comunica a través de la palabra, sino que habita en el eterno retorno sin historia y se manifiesta en la naturaleza y sus ciclos.

Esto es lo que significa «idolatría» para el pensamiento bíblico: un intento de controlar a Dios para encerrarlo dentro de los límites de lo humanamente aceptable. Y esta idolatría se manifestará de muchos modos a lo largo de la historia: unas veces será la fascinación de cultos que exaltan las pasiones humanas, y otras será la divinización de los poderes humanos de la política y el dinero, dejando que dominen las decisiones diarias.

No podemos olvidar el motivo por el que Israel se adentró en el camino más largo del desierto

y no buscó el camino más corto para llegar a la tierra de Canaán: aprender a dar culto en el desierto, el lugar alejado del dominio de los hombres dioses como el faraón, un lugar sin ansias de dominio ni fronteras, el territorio de nadie y de todos (Éx 3,12.18; 5,1.3.8). ¿Cómo aprender a dar culto a este Dios en este lugar? El santuario que Israel está llamado a construir debe albergar la presencia del Dios del éxodo, y esta presencia debe ser reconocida como el «que es», «el que actúa», de manera que este santuario sea memoria y presencia del Dios que les ha liberado de la esclavitud y que les liberará de toda esclavitud e idolatría:

*«Y reconocerán que yo soy el Señor, su Dios, que los sacó de la tierra de Egipto para morar en medio de ellos. Yo soy el Señor, su Dios» (Éx 29,46).*

Es un santuario itinerante, pues el Dios que camina con Israel acompaña y guía a su pueblo por encima de los acontecimientos históricos que pueden poner en peligro la misma existencia de Israel como pueblo. Su presencia tiene ya una palabra, como son los diez mandamientos (Éx 20,1-17), que guiará al pueblo por los caminos de la justicia y el derecho. El culto tiene que ser la respuesta a la justicia que Dios ha obrado a favor de Israel sacándolo del dominio arbitrario del faraón, su derecho y su culto, para hacerlo entrar en el derecho de Dios, en el que todos los seres humanos cabemos. Porque un verdadero derecho no es algo



que alguien nos pueda dar, sino algo que nadie nos puede quitar. Por eso, el culto que comienza en el desierto está llamado a ser un culto universal, capaz de expresar la misericordia de Dios y su justicia con todas sus criaturas.

Pero Israel se impacienta y se inquieta y busca soluciones inmediatas ante las incertidumbres y tensiones del desierto. No espera la respuesta de Dios a través de Moisés y se deja llevar por la tentación de un culto que responda a la inmediatez de sus deseos y le haga olvidar el largo y duro camino. Por eso, cuando Moisés baja del monte para entregar al pueblo las tablas con estos mandamientos, se encuentra con que el pueblo ya ha olvidado el primero: «No tendrás otros dioses» (Éx 20,3; Dt 5,7).

Israel se encontró con la misericordia divina en medio de una experiencia de fracaso y rebelión, cuando en su impaciencia comenzaron a olvidar al Dios distante y buscaron otros dioses aparentemente más cercanos. ¿Podrá este Dios de Moisés bajar de su montaña para vivir en medio de nosotros?, ¿cómo podrá acompañarnos en nuestro camino por este desierto?, ¿acaso entenderá nuestros sufrimientos y nuestros fracasos? Israel tenía que aprender todavía a buscar a Dios con paciencia y escucha, y a esperar en su palabra. Después de tantos años de sometimiento a los dioses-hombres, tenía que volver a escuchar al Dios que camina en la vida, al Dios de sus padres, Abrahán, Isaac y Jacob. Todo se podría haber acabado si

Moisés no invoca a Dios con el nombre que le dijo en el episodio de la zarza y Dios no le responde desde la cercanía de su misericordia:

*«El Señor bajó en la nube y se quedó con él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor. El Señor pasó ante él proclamando: “Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad, que mantiene la clemencia hasta la milésima generación, que perdona la culpa, el delito y el pecado, pero no los deja impunes...”»*  
(Éx 34,5-7).

El contexto de estas palabras es el de la renovación de la Alianza a través de unas nuevas tablas de la Ley que Moisés tiene que preparar para que Dios mismo las escriba, pues las primeras habían sido rotas al pie de la montaña (Éx 32,19). Por tanto, cuando Dios pronuncia estas palabras todavía no había sido entregada la Ley a Israel. Y esto es importante, pues Dios, antes de entregar su Ley, se define a sí mismo como misericordioso, ya que su misericordia está antes de todo. Comprender su misericordia cuando el camino se hace largo, se añora el pasado, el futuro resulta incierto y el desierto es duro como la vida misma, es la condición para poder entender su Ley y cumplirla con fidelidad.

Algo importante de este texto es que parece que es Dios mismo quien pronuncia dos veces su nombre, después de que Moisés lo ha invocado según el nombre que le fue dicho en el episodio

de la zarza. ¿Es Dios o es Moisés quien pronuncia el nombre divino? Podemos imaginarnos que la repetición es mutua, como si de un eco se tratara. Es Moisés quien en un primer momento invoca el nombre, y Dios se lo devuelve en forma de eco. Y es que hay que pronunciar el nombre de Dios con humildad, pues nuestros labios lo empequeñecen—desde nuestra pobreza y desde nuestra pequeñez—, y después guardar silencio para oír el nombre de Dios pronunciado por él mismo y escuchar cómo suena en medio de nuestro sufrimiento el sonido de la misericordia.

La interpretación judía ha visto en esta doble repetición la relación del nombre divino con la misericordia, atributo que forma parte del ser mismo de Dios, de manera que lo que es Dios lo es también su misericordia.

Midrás Éxodo Rabbah 3,6-7: «*Se me denomina según mis hechos [...] y cuando me apiado de mi creación se me llama Yhwh, pues Yhwh significa la divina misericordia, como está escrito: “Yhwh, Yhwh, Dios clemente y misericordioso” (34,6), y de aquí ‘ehyeh ‘aser ‘ehye (3,14), es decir, se me denomina según mis hechos... Ve y diles que por mi nombre, que es la Divina Misericordia, voy yo a actuar con ellos...».*

El judío medieval Rashi comenta esta doble repetición diciendo que la primera mención del nombre divino era la dirigida antes de haber pecado y la segunda mención después de haberse arre-

pentido, de manera que Dios, al decir su nombre, está diciendo también que él está siempre dispuesto a la acogida y al perdón, desde su ser compasivo y misericordioso.

Esta doble repetición quiere decirnos que para escuchar a Dios y sentirle desde su misericordia necesitamos entrar primero en nuestro sufrimiento y, desde ahí, invocarle y tomarnos tiempo para escucharle. Si lo único que le pedimos a Dios es que él nos escuche cuando sufrimos y que escuche nuestros reproches, no le dejamos que él nos presente su misericordia. Dios nos pide pagar el precio de salir de nosotros mismos para reconocer que solo él es Dios y que es el único. Es el precio de aceptar el desierto, el despojamiento, el duro camino del día a día. Todos sabemos lo que nos cuesta rezar a Dios y salir a su encuentro para escucharle en medio de nuestra pequeñez, cuánta renuncia a uno mismo, cuánta lucha contra el miedo y los espejismos, contra las falsas imágenes.

Este texto de Éx 34 expresa la experiencia fundante de Israel en cuanto a la comprensión del nombre divino y su relación con la misericordia. Por eso, de este texto partirán todos los demás que hablan de la misericordia de Dios, pues la tradición bíblica ha hecho del éxodo la experiencia primigenia de la relación de Dios con su pueblo. A partir de ahora, Israel tendrá que comprender a Dios, entenderse a sí mismo como pueblo y en-

tender a los demás pueblos desde la misericordia divina.

El Dios de la misericordia no es un Dios siempre cómodo y adaptable, y tenemos que ser conscientes de la conversión del corazón que implica acceder a él. Acercarnos a su santuario de misericordia solo es posible a través de la puerta de la humildad y la sinceridad. Los cristianos estamos llamados a hacerlo cada vez que comenzamos a rezar la oración del padrenuestro e invocamos a Dios como Padre, tal como nos enseñó Jesús. Lo primero que decimos es «santificado sea tu nombre». Con esta petición invocamos el nombre de Dios compasivo y misericordioso, y le abrimos el corazón sintiéndonos necesitados y pobres. Decir que su nombre es santo es manifestar también desde nuestra necesidad el deseo de que se manifieste su santidad, es decir, su amor misericordioso, en medio de nuestras vidas.

### **3. La pedagogía amorosa de Dios**

Dios presenta su misericordia cuando su pueblo está hundido en medio de una crisis que afecta a su identidad, cuando se ha equivocado queriendo ir por un camino más cómodo guiado por su propia apetencia. Y corrigiendo a su pueblo le muestra su misericordia, pues esta corrección no proviene de un Dios que quiere expresar su superioridad con el autoritarismo que vigila como un policía, sino que muestra su autoridad desde

la pedagogía del amor que guía y acompaña. Es como cuando un niño se equivoca y sus padres le reprenden sin renunciar al amor que sienten por su hijo. Precisamente porque te quiero y estoy a tu lado te corrijo con amor, y, aunque mi corrección te cueste la humillación de reconocer tu error, tendrás que reconocer también mi amor. Porque sin humillación no se aprende a caminar en la humildad que lleva a la verdad. Y la verdad de Dios, el verdadero significado de su nombre, está en su misericordia.

Esta pedagogía amorosa de Dios en el desierto la encontramos subrayada en algunos textos del libro del Deuteronomio y en algunos salmos<sup>2</sup> que señalan los cuidados de Dios en el desierto y también el hecho de que el desierto era un período de prueba en el que Israel fue corregido:

*«Reconoce, pues, en tu corazón, que el Señor, tu Dios, te ha corregido como un padre corrige a su hijo, para que observes los preceptos del Señor, tu Dios, sigas sus caminos y lo temas» (Dt 8,5-6).*

En el libro del Deuteronomio encontramos uno de los textos más antiguos sobre la misericordia, aunque no aparezca exactamente esta palabra. Por su estilo poético, procede tal vez de la tradición oral y fue incorporado a este libro en el momento en el que se escribió, pues es quizás la fuente inspi-

---

<sup>2</sup> Sal 103,7-8; 106, 44-46; 107, 4ss...

radora del Deuteronomio. Este texto es conocido como *Cántico de Moisés* y presenta la misericordia divina en el desierto con la imagen de las alas que encontraremos después en toda la tradición bíblica. Las alas expresan la protección de un Dios apasionado por su pueblo, que le encuentra, le guía y cuida de él. Es lo que dice y significa el nombre del Señor y su significado: «*Voy a proclamar el nombre del Señor*» (Dt 32,3). Y la historia que presenta es como una pequeña historia de amor:

*«Lo encontró en una tierra desierta, en una soledad poblada de aullidos:  
lo rodeó cuidando de él, lo guardó como a la niña de sus ojos.  
Como el águila incita a su nidada, revoloteando sobre los polluelos,  
así extendió sus alas, los tomó y los llevó sobre sus plumas.  
El Señor solo los condujo, no hubo dioses extraños con él» (Dt 32,10-12).*

El sentido pedagógico de la misericordia divina está muy claro en este texto, pues esta tiene como fin que Israel reconozca la exclusividad del Señor como único Dios para Israel. Es el amor apasionado, el amor de enamoramiento que hace que una persona sea única y exclusiva para otra. Y si se recuerda este primer momento de enamoramiento es para mantener viva la exclusividad de este amor, para renovarlo. Por eso aparece el tema de los celos cuando se dice que «*le dieron celos con dioses extraños*» (Dt 32,16), y «*me han dado celos con un dios*

*que no es dios, me han irritado con sus ídolos vacíos»* (Dt 32,21). ¿Por qué habría de tener Dios celos? Creo que la respuesta está en lo que ya hemos dicho, en que Dios se «enamorado» de este pueblo porque buscaba en su aflicción al Dios verdadero que le escuchase. Se enamoró del pueblo que supo liberarse de los «hombres-dioses» y de su ideología, e invocar al Dios único, el cual le escuchó en su pobreza. El encuentro de Dios con este pueblo pobre en el desierto es descrito como un encuentro que acaba en enamoramiento. Dios siente amor ante la pobreza de este pueblo que quiere salir de la esclavitud y, renunciando a tantas pequeñas seguridades, se adentra en un desierto desconocido y solitario. Y en este encuentro surge una relación de amor única y exclusiva entre Dios e Israel. Es lo que sugiere el Cantar de los Cantares en un himno al amor invencible, en donde también encontramos los celos de Dios por su pueblo amado:

– El amado:

*«¿Quién es esta que sube del desierto apoyada en su amado?...».*

– La amada:

*«Grábame como sello en tu corazón, grábame como sello en tu brazo,  
porque es fuerte el amor como la muerte, son crueles los celos como el abismo,  
sus dardos son dardos de fuego, llamaradas divinas»*  
(Cant 8,5-6).

El amor es un fuego divino que no se extingue, una llama de amor siempre viva. La misericordia



es la luz que produce este fuego, la pedagogía de un Dios enamorado desde el principio por su pueblo que va poco a poco tratando de educarlo en el amor. Con la misericordia lo protege, lo guía y le recuerda su amor primero. La misericordia no es un sentimiento momentáneo, sino un estado permanente que nace del amor, y por eso tiene una pedagogía para mantenerse en el tiempo. El amor se mantiene con esta pedagogía que le acompaña, pues sin la misericordia constante el amor puede ser una pasión pasajera a merced de sentimientos que van y vienen. Por eso la misericordia siempre acompañará a la esperanza de este pueblo:

*«Entonces buscarás allí al Señor, tu Dios, y lo encontrarás si lo buscas con todo tu corazón y con toda tu alma. Cuando estés angustiado y te sucedan todas estas cosas, al cabo de los días, volverás al Señor, tu Dios, y escucharás su voz, porque el Señor, tu Dios, es un Dios compasivo que no te abandonará, ni te destruirá, ni olvidará la alianza que juró a tus padres» (Dt 4,29-31).*

Con esta pedagogía amorosa, el otro siempre se siente acompañado y no se sentirá solo cuando llega el sentimiento de fracaso o de frustración. Saber que el otro te ama de verdad por ser tú y que ese amor no depende de lo que tienes o posees, de lo que ganas o pierdes, genera un confiado abandono en este sentimiento que se llama misericordia.